

El Toisón que no llegó del Japón

LADISLAO DE ARRIBA

Está claro que Iberia ya no sirve ni para hacer recados. Puede que nunca haya servido, como tantas otras sociedades dependientes del INI. No es de extrañar, por tanto, que está en crisis galopante y el comisario europeo de la Competencia no le quiera echar una mano. Está calculado que, sin las ayudas de la Comunidad Europea, Iberia puede quebrar en el primer trimestre del año próximo. Iberia ha perdido todas las maletas que a lo largo de su vida artística pintó Cristóbal Toral. Iberia (sus aeroplanos, claro) ha salido y llegado con retraso de todos los aeropuertos del mundo. Iberia se ha caracterizado por servir un «catering» con un zumo de naranja y otras guarrerías absolutamente vomitivas. En Iberia trabajan unas azafatas/os que mismamente parece que no saben de números, pues cuentan

y recuentan a los pasajeros como si estuviesen haciendo una auditoría para el juez Moreiras.

La última «hazaña» de esta singular compañía de aviación fue la de perder el Toisón de oro que el Rey de España concedió al emperador japonés.

La Casa Imperial del Mikado, creyendo que el servicio de facturación de Iberia funcionaba como si de uno japonés se tratase, mandó la valiosa condecoración a Madrid para que luciese el emperador en su última visita a España. Y del Toisón nunca más se supo.

Comenzó mal la historia cuando al ayuda de cámara de Akihito se le olvidó meter el collar en el neceser imperial. Por si fuera poco, el vuelo que había de traerlo salió de Tokio con 18 horas de retraso!

De pura chiripa, el Ministerio de Asuntos Exteriores tenía un Toisón de repuesto, que había



pertenecido al rey Olaf de Noruega, y el lapsus del fámulo imperial pudo ser subsanado sobre la marcha. También favoreció esta solución que los Toisones son de talla única, porque el rey noruego era buen mozo y el actual emperador de los japoneses es más bien bajito.

No es de extrañar que después de esta rocambolesca historia, Iberia esté en trance de cierre y se queden apuntados al paro todos los inútiles que figuran en plantilla, que no sirven más que para vender falsificaciones de Cartier que traen de Bangkok a dos mil pelas la pieza.

Seguramente que el retraso de que adolecen sus vuelos está originado por los relojes de la tripulación, que se guían por los falsificados.

El Toisón tenía que haber sido facturado por ALSA, pero Cosmen aún no ha inaugurado la línea con Japón. Todo se andará.

Entre paréntesis

Caro Baroja

LUIS MEANA

Cumple estos días años, 80, y cumple con eso una vida, don Julio Caro Baroja, gloria atípica de España, o sea, hombre verdaderamente de letras en un país de picapiedras. Tiene este Julio Caro Baroja, aunque sólo sea por su frecuente uso de la pajirita, aire de sabio de Oxford, de excelso «Gelehrte» germano, o sea, del hombre que se ha bebido en vida muchas bibliotecas. Sólo eso lo vuelve ya ave absolutamente exótica en un país tradicionalmente entregado al cultivo de morrosocos (civiles o militares), de chisgarabís (intelectuales o académicos) y de sacamuelas (políticos o editoriales). Este monje de las letras, don Julio Caro Baroja, que, como el famoso profesor de la película de Visconti encarnado por Burt Lancaster,

Julio Caro Baroja es y ha sido lo que se llama un sabio

Como muchos de los más grandes sabios, este hombre ha andado un poco al margen de las Academias oficiales, sin dejarse prender por unas universidades que reproducen, cada vez más, el aire de los regímenes cuarteleros. El ha ido casi siempre por libre, adornado por esos dones que suelen ser índice primoroso de la sabiduría: una independencia a prueba de bomba, una total libertad de criterio, un escepticismo algo cascarrabias y un estar muy por encima de famas, modas, gustos, saraos y oropoles. Don Julio Caro Baroja es un sabio que nunca ha estado, en ningún sentido, ni en compra ni en venta de nada.

Puede presentar, además, otro ribete adicional no despreciable: siendo el hijo o el sobrino de quien era, nunca ha sido

parásito de nadie: se ha labrado un yo muy propio y ha puesto en pie una obra que es mucho más que el mero peso de la paja habitual en estas latitudes. En un país en el que todo cristo-locutor, domador, trapequista o periodista— se vanagloria de haber tenido un hijo, plantado un árbol y escrito un libro, este sabio, que llega ahora a la edad provechosa de la sabiduría —los 80—, no deja, ave rara en exceso, más hijo que una ingente obra y no ha plantado más árbol que el de la ciencia, por decirlo con palabras de su tío Pío: A este ilustre barón, tan viscontiano, este país debería hacerle sólo un acto de reconocimiento: ponerle en la puerta de su casa una modesta placa que dijera: «No nos lo merecemos».

Quesada



Calidoscópica realidad

Pelotazos y pelotas

FAUSTO DÍAZ PADILLA

En las últimas semanas han vuelto a arreciar con fuerza otros episodios de ese culebrón nacional que son los escándalos de corrupción. Culebrón que ya va para casi dos años que comenzó y que sabe Dios cómo va a acabar, aunque esperemos que no sea como el rosario de la aurora, es decir, en aguas de borrajas, pues si después de todos los malos tragos que nos están haciendo pasar acabara como si tal cosa, la credibilidad de los ciudadanos en las instituciones democráticas quedaría muy seriamente dañada.

¿Que usted, a pesar de que se lo están martilleando todo el santo día, no sabe con exactitud qué es eso del **pelotazo** o de la

cultura del pelotazo, que tanto monta? Toma, ni casi nadie lo sabe con exactitud, ya que existen tantas variedades como casos. A pesar de ello, vamos a aventurarnos a acercarnos al significado que se da a dichos términos. Por **pelotazo** se entiende la ingestión de una cierta cantidad, más bien abundante, de bebida alcohólica de alta graduación, generalmente combinada con agua u otra bebida refrescante. Y con **cultura del pelotazo** —con la absoluta denigración del término «cultura»— se alude a los negocios llevados a cabo ante unas copas en la barra del bar de moda o en el reservado del restaurante de más lujo. Negocios que proporcionan pingües beneficios en muy escaso período de tiempo y que están

basados en la especulación, el tráfico de influencias, la información reservada y otras lindezas o delitos por el estilo, casi siempre en perjuicio de unos terceros que, en la mayoría de los casos, suelen ser el contribuyente, o sea, usted, y usted y usted...

Aunque a primera vista el término **pelotazo** no parece guardar cierta relación con **pelota**, con ser un **pelota**, sin embargo, sí que se hallan íntimamente relacionados. Basta con preguntarse quiénes son los autores de los pelotazos, o sea, **los pelotaris**. La respuesta la conocemos todos: aquéllos que detentan alguna parcela de poder —Roldán, Hormaechea, Rubio, Carmen Mestre, Salanueva, etcétera— o se hallan muy próximos a él —Juan Guerra, Naseiro, Saraso-

la, De la Rosa, etcétera—, o sea, **los pelotas del poder**. Bien relacionados y sintiéndose protegidos por el poder, al que no servían, sino que adulaban, y carentes de todo escrúpulo, se creyeron con las suficientes **pelotas** como para realizar toda suerte de negocios que les salían de las **idem**, tocando **las pelotas** a los demás ciudadanos que asistían impotentes e indignados a tanto **peloteo** y a tanto enriquecimiento repentino a base de saquear y estafar por doquier.

Pero hete aquí que no hay mal que cien años dure y a todo cerdo le llega su San Martín, que tantos y tantos han sido **los pelotazos** contra el frontón de la sociedad que algunos de **los pelotaris**, muy poquitos, ésa es la verdad,



han acabado recibiendo un **pelotazo** en donde más les duele, o sea, en sus **pelotas**, teniendo que ser ingresados por urgencias en un centro de rehabilitación, comúnmente conocido por el nombre de cárcel, a cuyas puertas hubieron de dejar sus **pelotazos** y sus **pelotas**; éstas en sentido figurado, o sea, su prepotencia y el aquí yo hago lo que me da la real gana. Lo que casi todos esperamos es que alguno tire de verdad de la manta y revele de una vez por todas quiénes han sido sus compañeros de partida que todavía se hallan agazapados bajo el manto del poder y queden con sus vergüenzas, o sea sus **pelotas**, al aire. Sería la mejor manera de reparar parte del daño causado y todos lo agradeceríamos, ¿o no?